

QUINTA SECCIÓN

ESPACIOS PÚBLICOS DE LOS JÓVENES, SALUD Y SEXUALIDAD

LOS ESPACIOS PÚBLICOS DE LOS JÓVENES. REALIDADES Y PROPUESTAS PARA UN DESARROLLO INCLUYENTE

MARITZA URTEAGA CASTRO POZO*

INTRODUCCIÓN

La relación entre jóvenes y el espacio urbano es una de las vetas más ricas en los estudios urbanos así como en los de juventud. Las prácticas espaciales juveniles coadyuvaron a la *visibilización* de los jóvenes en la sociedad mexicana actual como *agentes sociales* con espesor e identidad definida. La *urbe mexicana del siglo XX* posibilitó su visibilidad en tanto concentradora de los poderes y de la mayoría de la oferta cultural, educativa, laboral y recreativa, así como de una gran diversidad étnica, social y cultural.

El capítulo indaga *el espacio urbano vivido y concebido* desde “lo cultural juvenil”, esto es, desde la experiencia espacial que el sujeto juvenil construye en las interacciones con otras personas adultas, infantes y otros jóvenes. Explora temas que iluminan aspectos clave de las relaciones oblicuas que los jóvenes establecen con el espacio urbano explicando ángulos de su relación con la sociedad mayor, así como de las interacciones que los grupos juveniles establecen entre sí en espacios urbanos, que permiten acceder a ciertas *zonas* de asimetría, diferenciación y desigualdad social contemporáneas. Esta perspectiva subraya el rol protagónico de los jóvenes en el diseño de su experiencia espacial y en la conformación de su estatus como categoría etaria.

Selecciono estudios realizados en los últimos años sobre la relación jóvenes y espacio urbano para analizar transformaciones en los usos, apropiaciones y percepciones juveniles de la contemporaneidad urbana. Jóvenes y espacialidad es una área metodológica *fronteriza* (Rosaldo, 1991) en don-

* Profesora-investigadora del Posgrado en Antropología Social de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

de se intersectan articulándose las fronteras socio culturales de clase, edad, etnia, género, preferencia sexual, gustos, estilos de vida y otras zonas de diferenciación y desigualdad social. Por último, discuto la importancia del estudio de las prácticas espaciales juveniles en la reconfiguración territorial y social y política de la ciudad contemporánea.

CULTURA, ESPACIO, ESPACIALIDAD

Concibo la cultura como sistema de significaciones y como “fuerza política que interviene decisivamente tanto en las relaciones de poder cotidianas —al configurar lo real— como también en las relaciones macropolíticas” (Vergara, 2005:189). Como dimensión de la vida social, la cultura refiere a “diferencias, contrastes y comparaciones” entre categorías socio culturales como clase social, género sexual, rol, grupo, nación, edad, etcétera; convirtiéndose en un recurso heurístico útil para analizar la diferencia, sobre todo, la *diferencia situada* (Appadurai, 2001). Lo cultural como *algo que sucede en zonas de conflicto*, lo sitúa como proceso político refiriendo a “modos específicos en que los actores se enfrentan, se alían o negocian” (Grimson, 2003:71). Los grupos interaccionan en el espacio social creando experiencias espaciales a través de las cuales leemos sus tensiones y acuerdos —*que se actúan, representan e imaginan en la urbe*— con unos otros que son constantemente definidos en cada contexto.

Cuando indago por “lo cultural juvenil” en el espacio urbano refiero a la dimensión juvenil de la cultura: *a la selección y movilización “consciente e imaginativa” de un subconjunto de diferencias por parte de un grupo para tejer sus interacciones (de disputa, conflicto, adaptación o negociación) con otros grupos*. En ese proceso, los grupos juveniles establecen “expectativas y prioridades con criterios diferentes y todos intervienen para hacer ciudad, aunque con diferenciada visibilidad y poder” (Vergara 2005:193-194).

Desde una perspectiva constructivista, *la espacialidad* es una compleja dimensión de la vida social y urbana que focaliza su atención en el espacio *vivido-concebido* desde la *experiencia espacial* del actor subrayando “los sentidos y significados del espacio [...] construidos a través de un proceso de contraste entre los elementos materiales y las representaciones, esquemas mentales, ideas e imágenes con los que los individuos se vinculan con el mundo” (Lindón, Hiernaux y Aguilar, 2006:12). El espacio urbano no es mero reflejo y/o telón de fondo de las relaciones de poder en la sociedad, tiene capacidad —vía las interacciones entre las personas y el espacio— de incidir en la cultura y en las relaciones de poder.

JÓVENES/ADULTOS: DISPUTA SOCIAL POR EL ESPACIO PÚBLICO

La tensión adultos/jóvenes está inscrita en un proceso mayor, el de la organización de la distribución del poder social, en el cual los límites etarios se juegan en el terreno de las prácticas espaciales y simbólicas, y son objeto de disputa. Percibidos por el sentido común como etapa, puente de transición entre dos grupos de edad reconocidos socialmente (infantes y adultos), a los jóvenes se les ha *invisibilizado en su presente como jóvenes* a lo largo del siglo XX (Urteaga, 2011). Gran parte de la historia de la construcción socio-cultural de la juventud en México, es una de disputa entre los espacios sociales y físicos que la sociedad adulta asigna y norma para sus jóvenes, y los espacios de los que se dotan los jóvenes a través de sus prácticas culturales para hacerse reconocer afirmativamente como jóvenes.

Esta tensión expresa una forma de dominación que concibe a los jóvenes como sujetos pasivos y subordinados en su presente y como proyectos adultos. Los espacios públicos y comerciales concurridos por los jóvenes son sitios donde se refuerzan sus condiciones de sumisión y vulnerabilidad social mediante la creación de climas intimidatorios a través de: 1) prácticas condenatorias, represivas y criminalizantes a toda conducta que no encaje en los límites de lo permitido por los adultos; 2) actos de connivencia vinculados a la corrupción, donde se demuestra la falta de respeto a la vida de los jóvenes permitiendo el funcionamiento de establecimientos sin las mínimas medidas de seguridad o de protección civil, lo que ha cobrado la vida de muchos jóvenes, como ocurrió en las discotecas Lobohombo (2000) y News Divine (2008), y 3) la estigmatización de las conductas juveniles que no se adecuan a las idealizaciones adultas sobre los jóvenes. *Delinquentes, sospechosos, rebeldes, subversivos, narcos* y otros términos desacreditadores hacia los jóvenes son materia vendible a través de los medios de comunicación. El clima intimidatorio se ha transformado durante los últimos años en uno de terror y violencia hacia los jóvenes por el ingreso de los militares en la llamada guerra contra el crimen organizado y el narcotráfico.

Los jóvenes mexicanos han privilegiado tres ámbitos para construir y proyectar sus representaciones al conjunto de la sociedad mexicana: el de la socialidad, el cultural y el político. El de la socialidad refiere a la interacción social y la experiencia compartidos entre pares y está fuertemente espacializado en la urbe. Es la argamasa de sus grupos, movimientos, colectivos, identidades y culturas (Urteaga, 2000). Los culturales remiten a los diversos y diferenciados subconjuntos de prácticas culturales simbólicas que grupos de jóvenes movilizan para articular las fronteras de sus diferencias con los adultos y, sobre todo, con otros grupos de jóvenes en el espacio urbano. Las prácticas espaciales urbanas juveniles están inscritas en sus prác-

ticas cultural simbólicas y articulan prácticas estéticas, representaciones e imaginarios extremadamente diversos. Una lectura de los movimientos de los jóvenes en la ciudad revela trazados efímeros de itinerarios y rutas significativas, apropiaciones simbólicas de espacios que transforman en lugares con mucha densidad afectiva, así como configuraciones físicas e imaginarias de “ciudades juveniles” dentro de la ciudad. La espacialización pública de su sociabilidad es fundamental a su constitución como sujetos sociales.

En esta parte defino el espacio urbano a la manera en que lo concibe Manuel Delgado (1999), como espacio público, lugar para la interacción social y el conflicto: “aquello donde las cosas se juntan y como espacio de la pura diferencia”. Históricamente, la categoría *público* se origina antepuesta a *privado*, sin embargo, esta dualidad ha mutado conceptualmente como campo temático, “estadístico” y festivo. ¿Cómo participan los jóvenes en la transformación de los sentidos de lo público y lo privado? ¿Cómo y en qué contextos ayudan a los “procesos de confusión diversos entre lo público y lo privado” haciendo “lugares transicionales”? (Vergara 2005:205).

Los lugares públicos son “espacios físicos que devienen en *lugares* de comportamiento colectivo en oposición al hogar” (*ibid.*:204). El hogar teóricamente es concebido como espacio privado, sin embargo, los jóvenes tienen escasas o nulas posibilidades de tener privacidad. En el hogar los jóvenes encuentran que su uso del espacio y del tiempo está sujeto a la vigilancia y control de adultos. El conflicto intergeneracional está siempre latente porque con frecuencia los adultos hayan incómoda su presencia constante. Estas tensiones expresan el choque entre los deseos adultos de orden y los deseos juveniles de desorden; entre la preferencia adulta por los límites firmes y la disposición de la gente joven por límites más laxos (Valentine, Skelton y Chambers, 1998). Mi experiencia de investigación (Urteaga, 2011; Urteaga y Cornejo, 2001) sugiere que el espacio público es el único lugar autónomo que los jóvenes pueden hacerse para sí mismos a través de prácticas como haraganear/vagar y bromear en las calles, parques y centros comerciales. Éstas pueden considerarse como *actos de resistencia* (Scott, 2000) juvenil (conscientes o inconscientes) al poder adulto. Sin embargo, el espacio público ha sido producido como un espacio adulto. En América Latina, los jóvenes agregados en la calle son considerados por los adultos como una *presencia contaminante* o como una *amenaza potencial al orden*. De ahí que el espacio público esté sujeto a regulaciones que incluyen variadas formas de vigilancia (cámaras de televisión cerrada, seguridad pública y privada) y privatizaciones, y otras medidas para excluir y sacar a los “indeseables” —generalmente jóvenes— de esos espacios (Marcial, 2001; Valentine, Skelton y Chambers, 1998; Urteaga, 2011).

La disputa entre jóvenes y adultos en el espacio público puede entenderse a partir de la explicación que sugiere Hannah Arendt (1998:220-221), para quien la calle ha brindado a los individuos la posibilidad de ser sólo cuerpos, dejando entre paréntesis la formalidad de conductas que los espacios privados prescriben. Los espacios públicos en general brindan a los usuarios jóvenes y no jóvenes un cierto ambiente o contexto particular “de libertad” a sus interacciones y “modos de estar juntos” donde reina la sorpresa, lo imprevisto y otras situaciones “que suceden”, posibilitando sobre todo a los jóvenes, poner entre paréntesis el autocontrol y el orden que deben guardarse necesariamente en otros ámbitos en los que habitan, facilitando la interacción y el conocimiento con otros grupos o individuos distintos a ellos. Sin embargo, esta afirmación habría que matizarla al referirnos a las mujeres jóvenes, para quienes el uso y la exploración del espacio público está bastante restringida por las percepciones sociales negativas sobre las jóvenes que andan en la calle (“mujeres públicas”) y por los miedos a su seguridad personal, como lo observé en el estudio sobre las jóvenes *banda* y *punks* (Urteaga, 1996), y el de los usos y percepciones del espacio público entre las jóvenes que vivían en los conjuntos habitacionales de Ecatepec en los años noventa (Aguilar, Cisneros y Urteaga, 1998).

Mi estudio sobre los usos y apropiaciones juveniles del Zócalo de la ciudad de Puebla ilustra las dislocaciones de la conducta juvenil en los espacios públicos, pues fue abordado desde la tensión jóvenes/adultos en esta disputa de los sentidos por lo público y lo privado.

El Zócalo de la ciudad de Puebla es un lugar en el cual convergen personas de todos los estratos sociales y grupos de edad. Los y las jóvenes son una parte importante de los transeúntes y usuarios cotidianos. En su mayoría son estudiantes de las diversas escuelas secundarias, bachilleratos y universidades ubicadas en las calles aledañas al Zócalo, aunque encontré algunos casos que venían desde más lejos a dar la vuelta y a ver qué encontraban. Es notoria la presencia constante de *estudiantes uniformados* que usan algunos lugares en el Zócalo todos los días de la semana, a lo largo de la mañana y la tarde-noche, y luego van a algún local de entretenimiento en los portales aledaños u a otro lugar a dar vueltas y a *hacer tiempo* con los amigos/as antes de volver a casa.

¿Qué diferencia los usos de los jóvenes de los usos que otros segmentos de edad hacen del Zócalo en la ciudad de Puebla? Sus *estilos de uso*. Análogamente a la situación liminal que caracteriza su condición juvenil, el Zócalo es vivido como un lugar *extraordinario* en tanto pueden hacer cosas y comportarse colectivamente de maneras muy diferentes a como se comportan en sus ámbitos rutinarios: hablar alto, con groserías y sobre temas de los que no hablan en otros ambientes; fumar estando uniformada; *calificar* cha-

vos públicamente por parte de las jóvenes; *ligar* a una mujer mayor, teniendo entre 15 y 16 años; hacer público el deseo sexual al mirar *descaradamente* a chavos o a chavas y/o mujeres mayores que pasan por allí; mirar a los hombres si se es hombre; *botear* sin ser reconocido; tocarse partes del cuerpo íntimas, besarse para que todos los miren. Se trata de escandalizar al otro actuando en situaciones que tradicionalmente han pertenecido al ámbito de lo privado o íntimo.

El uso del cuerpo es otra característica de la apropiación juvenil del Zócalo: *looks* a la moda, marcas que los exhiben, cuerpos cuasi perfectos que se lucen al caminar, al sonreír, al mirar al otro. El Portal Morelos es una pasarela de imágenes juveniles. Lleno de cafeterías y restaurantes en donde se sientan adultos con cierto poder adquisitivo o turistas, los escolares les hacen sentir su presencia al pasar *marcando su presencia*: el *performance* está compuesto por aparentar ignorar la presencia adulta, hacer ruido, empujarse, golpearse, exhibiendo un conjunto de conductas que parecen medir los límites adultos prescritos sobre el uso de ese espacio. Estas puestas en escena juveniles podrían interpretarse desde lo que Delgado llama *venganzas de los usuarios*, performances de inversión de situaciones y status.

Una segunda acepción del espacio público lo define “como campo problemático identitario cultural, llamado también *esfera pública* [...] donde se reflexiona y habla sobre las decisiones y la administración colectivas” (Vergara, 2005:204). Observé líneas arriba que el espacio público fue producido como esfera de poder adulto de la que los jóvenes fueron excluidos históricamente. En la actualidad, este campo está atravesado por los cambios neoliberales de los últimos 25 años: 1) privatización del espacio público institucional y social; 2) reordenamiento empresarial y reglamentación autoritaria de los espacios de la socialidad juvenil, que es uno de los puntos de mayor conflicto en la lucha por redefinir el rumbo de algunos aspectos del proceso globalizador en cuanto a los espacios públicos. Delgado pregunta, ¿quién tiene derecho a usar los espacios públicos? Teniendo en cuenta que los estudios sobre apropiaciones del espacio público señalan un cierto tipo de usuario consuetudinario —jóvenes de los sectores clasemedieros bajos, populares urbanos, migrantes indios, gays, entre otros—, pregunto, ¿quién debe decidir cómo usar estos espacios?, ¿los usuarios o las autoridades adultas con sus esquemas normativos sobre la conducta que *deberían tener* los jóvenes en estos espacios? Preguntas que señalan aspectos aún no debatidos¹ sobre la especificidad y heterogeneidad de formas o estilos actuales de

¹ La incursión violenta en el espacio ajeno, el exceso, el ruido, el destrozado de bienes inmuebles, son aspectos espinosos que se omiten, su debate implica la intervención de las partes, el análisis de diversas situaciones y salir de la justificación fácil.

uso y apropiación juvenil del espacio público: graffiti, festivales masivos de música o marchas por el orgullo homosexual y lésbico, estudiantiles y de movimientos sociales y antiglobalizadores, donde la presencia juvenil no es exclusiva, pero sí notoria.

Estas manifestaciones revelan dos caras: una de disfrute y festividad en sus relaciones con el espacio urbano; y otra de tensión y conflicto con la sociedad mayor. En 1997 la ciudad de Toluca es invadida por graffitis de los Mexican Taggers, Neighbor Cut Paint, Arte Sucio de la Calle y de personajes como el Hongo, Zerd, Hommie y Alien 22. Ellos anuncian la presencia de una incipiente cultura juvenil *hip hop*, emergida en las colonias populares y desbordada hasta el centro de la capital mexiquense (Trejo, 2009). Desde sus inicios, el graffiti callejero se encuentra atravesado por la lógica de lo informal y lo formal; de lo legal y lo ilegal; la clandestinidad y lo institucional (Valle, 2004; Cruz Salazar, 2003). El fondo de la ambigüedad de las prácticas gubernamentales radica en las prácticas de *intervención* que los graffiteros realizan en los monumentos, señalizaciones públicas, espectaculares y publicidad de las paradas de autobuses, *confundiendo* las significaciones proyectadas y revelando *formas de participación juvenil* al disputar los sentidos de lo público y del uso privado (comercial) del espacio público.

Otra transformación de los sentidos entre lo público y lo privado “se manifiesta como la fiesta y lo festivo”, cuyos ejemplos pueden ser los festivales y/o conciertos masivos, los bailes de sonido callejeros, *raves* y marchas como la del orgullo homosexual. Ellas pueden ser interpretadas como expresiones festivas de los conflictos de ciertos grupos con la sociedad mayor, al instaurar “un espacio público crítico ejercido a partir del humor colectivo” (Vergara, 2005:204), a través de prácticas transgresoras como el *desmadre*, la inversión de roles y el exceso en el consumo de sustancias (Urteaga, 2002); sin embargo, también señalan la acelerada transformación del ocio de una gran parte de los jóvenes urbanos en un gran negocio. Espacios que no dejan de ser disputados por los actores. Las marchas LGBTITI (lésbico, gay, bisexual, transexual, transgénero, travesti, intersexual) iniciaron en 1979, encabezadas por activistas lesbianas y homosexuales que levantaron la voz contra la discriminación y el acoso de las autoridades. Al paso del tiempo, lo que inició como movimiento político dio cabida a diversos actores, como los miembros del sector empresarial. Durante años, los lugares de socialización y reflexión cultural más importantes de las diversas y crecientes comunidades gays, homosexuales y otras, han sido las discotecas y bares, espacios que jugaron un papel crucial en la lucha y organización contra el VIH y el SIDA. A fines de los ochenta, algunos empresarios ingresaron al comité organizador de la marcha, que fue convirtiéndose en un desfile de discotecas y mucha de la comunidad *lgbttintersexual* se sintió excluida. En

las últimas marchas la disputa por el control y organización de la misma se ha puesto a la orden del día: activistas y empresarios se disputan el sentido de las múltiples identidades y estilos de vida al interior de un movimiento diverso y cada vez más amplio. Curiosamente, fueron jóvenes quienes impulsaron la marcha a fines de los años setenta y son actualmente los jóvenes miembros de las nuevas direcciones quienes disputan la organización de la misma anualmente enfrentándose a intereses empresariales, hoy representados en los adultos de ese movimiento.

LA POLÍTICA/LO POLÍTICO Y EL ESPACIO PÚBLICO

Otra acepción del espacio público lo define como campo de expresión de crítica divergente/disidente contra el Estado y políticas públicas. Durante los últimos años, esta arena ha cobrado relevancia con la emergencia del movimiento #Yosoy132, compuesto por las generaciones más jóvenes durante el proceso electoral de 2012 y cuya praxis política se caracterizó por los usos profusos de las tecnologías digitales, masivas manifestaciones callejeras y claridad en sus enemigos: el monopolio mediático más importante de México, Televisa, y “el candidato” de las elites políticas a la silla presidencial, Enrique Peña Nieto. El antagonismo y repudio generacional a los “viejos” medios de comunicación y a la “vieja” forma de hacer política, *okupó* calles y espacio virtual, logrando aglutinar a su alrededor otros segmentos de edad y poner en peligro la elección del candidato, que desde su toma de posesión marcó el curso de la política de seguridad pública o mejor interior: *delincuentes a la calle, cárcel para los ciudadanos disidentes*. Las movilizaciones masivas en las calles convocadas desde las redes sociales por las nuevas generaciones, han venido produciéndose con cada acontecimiento político-criminal en contra de la población y juventud mexicana: *Nos faltan 43*, a raíz de la masacre a los estudiantes de la Normal de Ayotzinapa, Guerrero, en manos del crimen organizado, el Ejército y la policía municipal; la masacre de civiles en Tlatlaya por parte del Ejército mexicano en Estado de México y muchas otras. El caso Iguala evidenció la eliminación de las fronteras entre poder público y delincuencia y el otro uso de los grupos delincuenciales, como operadores políticos capaces de llevar a cabo los actos más perturbadores a favor de un gobierno, como desaparecer opositores políticos.

Las movilizaciones juveniles en el espacio público manifiestan una concepción de *lo político* como zona de conflicto, de antagonismo y de construcción de disidencia, la cual se contraponen a la visión adulta liberal de *la política*, la de la democracia procedimental o formal: elecciones y sistema

de partidos. Un “extraño híbrido [que] permite la competencia política a la vez que la ilegalidad y la corrupción” (Cano, 2015). Mientras, un intelectual del 68 como Enrique Krauze no parece entender el uso del espacio virtual y de las redes sociales por parte de las nuevas generaciones para pronunciarse, discutir, manifestarse y para protegerse, precisamente, de ese Estado democrático en permanente estado de excepción —que da al Ejército y Marina, el mando único para las ejecuciones de quienes consideren sospechosos de delinquir—, y del Estado paralelo ilegal. El *espacio de lo público* como sinónimo de *lo político* dibuja ya la existencia de dos formas de vivir, pensar la realidad y hacer política, la de las generaciones del siglo XX y las del siglo XXI.

JÓVENES/JÓVENES: ACTORES Y AGRUPAMIENTOS JUVENILES EN EL ESPACIO URBANO

En este acápite se reflexiona la relación entre el *agenciamiento cultural de los jóvenes*, la heterogeneidad de sus representaciones en el espacio urbano contemporáneo y la espacialidad. Las representaciones heterogéneas de los jóvenes forman parte de los diversos modos identitarios originados en el proceso de constitución de lo urbano y de *lo cultural juvenil* a través de diversas estrategias de distinción que los grupos selectivamente movilizan para articular las fronteras de sus diferencias y tejer sus interacciones en tanto participen en contextos convergentes.

Dos casos ilustran la centralidad de la espacialidad en la vida social de los jóvenes de los sectores populares y de las clases medias altas, el de un grupo de *punks* y el de las jóvenes fresas. Ambas identidades se configuran en la tensión *arraigo al barrio-flujos delocalizados* (Lindón, 2000:12-13) que resuelven en sus confrontaciones y entrelazamientos con otras identidades juveniles de sus entornos inmediatos.

Durante los años ochenta, en ciudad Nezahualcóyotl, el rock y la *banda* fueron los espacios en los que una gran parte de los/as jóvenes pertenecientes a los sectores populares urbanos se constituyó colectivamente como parte activa de esa generación. Como propuesta musical y estética el *rock punk* emerge en esa ciudad a finales de los años setenta e inicios de los ochenta dentro de un *universo juvenil pandilleril* (Urteaga, 2000). Hasta los ochenta, las *bandas juveniles* compartían principios vitales para su existencia y permanencia: la delimitación simbólica de un territorio (y su defensa material) *dentro del barrio* que habitaban sus miembros, la defensa de sus mujeres y un conjunto de valores prácticos del universo popular mexicano,

como ser el más cabrón, imponerse a los otros a través de llevar las mejores *fachas* y demostrar capacidad de mantener un territorio.

En un primer momento, la música y estética punk rock sirven a determinados chavos como delimitadores de *su territorio* y articuladores de su identidad colectiva con respecto de otros pandilleros de su entorno, manteniendo la estructura *banda tradicional en el barrio*, así como las formas usuales de liderazgo. Sin embargo, la dinámica del movimiento cultural y espacial de los punks los llevará a la conquista de territorios en la mayoría o la totalidad de las colonias de Neza. Su apariencia *bizarra* y la actitud terrorífica con la que se presentan en barrios, escuelas, tocadas, *hoyos* y calles son *estrategias de apropiación* de espacios públicos y privados de uso público en la ciudad, mediante las cuales materializan espacialmente su dominio simbólico sobre otras identidades juveniles del momento. En 1985 los *Mierdas Punks* tenían 500 o 600 miembros organizados en doce sectores extendidos en toda Neza, y eran percibidos por las *pandillas de barrio* como una *meta banda* metropolitana sin jefes, que se movía por otras zonas como la ciudad de México.

Reguillo (1991) encuentra dos dimensiones sobre el *entorno urbano* entre los chavos banda: la *ciudad* como espacio dado, preexistente a los individuos; y el *territorio*, espacio que construyen cotidianamente los miembros de las bandas en su interacción mediante la creación de puntos mnemónicos (la tienda, la esquina, el parque). Mi propia investigación (Urteaga, 2011) observa la emergencia de una nueva percepción sobre *el entorno urbano* en esta microcultura punk. Al *barrio* se añaden *rutas e itinerarios hechos en su deambular por la ciudad* de México y otras ciudades en su interacción con otros punks y colectivos rockeros. La ciudad deja de tener exclusivamente el sentido de espacio preexistente para convertirse en un *mapa interactivo* reconstruido por los actores a través de rutas y circuitos de su interés. Es una ciudad que se hace con ellos/as. También la percepción sobre el territorio se extiende a los *lugares* “conocidos” a través del contacto internacional entre ellos y los punks de otras latitudes del planeta vía cartas, magazines, música, ropa, accesorios y otros bienes punks que se difunden en circuitos alternos al comercial. El uso y apropiación rutinaria de estos *espacios transnacionales* permite a los punks sentirse parte de una comunidad imaginaria (B. Anderson) que trasciende las fronteras y amplía su percepción del mundo y de la ciudad. Ésta rompe los límites materiales para percibirse como horizonte y atmósfera de las *escenas punketas y alternativas*² que producen rock en otras partes del mundo, en circunstancias sociales similares y con la misma actitud política.

² Los grupos y bandas musicales de un estilo rockero conforman una escena.

El accionar de los jóvenes punks en el espacio urbano se ve fuertemente imbricado a flujos culturales “delocalizados” como el movimiento punk hardcore, que transforman su autopercepción y la de la ciudad: son barrios-locales-metropolitanos (habitantes de la gran ciudad) y cosmopolitas, partícipes de la resistencia al capitalismo mundial.

Otra construcción identitaria urbana es la de los jóvenes *fresas* en la ciudad. *Fresa* refiere a los individuos de clase alta o clase media alta que se caracterizan por tener actitudes y comportamientos de superioridad y patrones estéticos y conductuales vinculados a los estilos de consumo hegemónicos en la cultura mexicana urbana (influenciados por la cultura estadounidense). La generalidad mexicana utiliza el término *fresa* de manera irónica para referirse a quienes hablan de una manera muy particular, se interesan más por las apariencias, el dinero, el entretenimiento fácil y exhiben mucha superficialidad. El material que expongo se basa en un estudio realizado con otra investigadora (Urteaga y Ortega, 2004) en donde exploramos las formas en que los estudiantes de preparatoria y una universidad de una institución privada (el TEC de la Ciudad de México)³ configuran y especializan sus identidades. Estudios sobre la socialidad de los jóvenes de clase media (Urteaga y Cornejo, 2001) observaban que entre sus estrategias de interacción y comunicación estaba el disponer de objetos de mediación. En los jóvenes TEC las prácticas de consumo —marcas, espectáculos, programas televisivos, tecnologías y otros bienes y espacios— se han constituido en un área vital para comunicar las diferencias sociales con otros sectores sociales de *chavos*, entre jóvenes de sus propios sectores sociales y de su universidad.

En el TEC, la identidad *fresa* es reconocida por todos los jóvenes como el referente principal de su propia imagen identitaria y está incuestionablemente asociada a su pertenencia o posibilidad de pertenencia a un alto estatus económico y social. En las prácticas de socialidad, los *fresas* tienen un manejo de las distancias sociales y afectivas a través de las cuales establecen y refrendan las jerarquías de estatus entre ellos y ellas. El estatus superior está ocupado por los *fresa glamour* (“aquellos que viven una realidad distinta a la de las masas debido a su alcance económico”); luego vienen los *fresas light* (no exteriorizan ser *fresas* y valoran *la autenticidad* y otros valores primordiales en la elección de sus amigos/as); los *fresas rebeldes o alternativos* (niegan ser *fresas* resaltando sus diferencias, aunque sus grupos de amigos sean *fresas*); y, los *wannabes* (sin medios materiales y culturales para ser *fresas*, pero con el deseo de serlo). Por encima de sus diferencias, los *fresas* expresan un fuerte sentido de identificación y lealtad a un estilo de vida, el

³ Instituto de Estudios Superiores del Tecnológico de Monterrey.

clasemediero fresa. Comparten el gusto por una determinada música (pop en inglés y en español y lo que esté de moda), lugares de frecuentación y reunión dentro del campus y fuera de él, así como ciertas prácticas en el tiempo libre: gimnasio para esculpir el cuerpo, el *shopping* para estar siempre a la moda, series televisivas estadounidenses y *talk shows* que les sirven de modelos estéticos en su doble acepción; compartir en colectivo y retroalimentar las maneras sociales apropiables y apropiadas de moverse y hablar entre sí. Cada estilo fresa ocupa rutinariamente cierto lugar en el campus desde donde actúan sus diferencias. Fuera del *campus*, recorren circuitos de ocio y de consumo conformados por lugares, en su mayoría privados (centros comerciales, tiendas de ropa, cines, antros, bares, restaurantes), estructurados por el mercado en función de un tiempo libre delimitado por el calendario escolar. La ruta fresa está conformada por algunos locales del *Corredor Insurgentes*,⁴ con los que se identifican a partir de aplicar una serie de mecanismos de *selección subjetivos*, tales como el que esté en el *rating* de los antros de moda o lo *exclusivo* del mismo y de la clientela —sólo *juniors* o hijos de la elite económica y política, *gente bonita* y *con dinero*—, la música (rock pop o la que esté de moda), la atención, preferencias amicales en términos de estilo y clase —universitarios de la Anáhuac, de la Ibero, “niños/as guapos/as y superprendidos”, “el ambiente”—, “respetuoso y seguro”.

En el TEC, los/as fresas aparecen contrapuestos a los/as *nacos/as*. Bajo la etiqueta naco —a quienes los *fresas* definen como alguien grosero, sin clase, de mal gusto, mal vestido, fuera de moda— se esconden una diversidad de estilos juveniles —*pandros* (*fachosos*),⁵ *hippies*, *oscuros* (darketos, punks y metaleros), X (invisibles o desapercibidos estéticamente), *nerds* (los estudiosos)— con formas de sentir, pensar, vivir e imaginar las relaciones humanas y el mundo diferentes y hasta opuestas a las de los *fresas*. Esta diversidad minoritaria en el TEC comparte el adoptar selectivamente algunos elementos de la estética de las clases populares o sectores alternativos para llenarlos de nuevos sentidos y usarlos como estrategia principal de identidad con la que pueden enfrentar la violencia simbólica del estilo *fresa*. Las estéticas *nacas* son producto de la segregación que los *fresas* realizan con todo aquel que no sea igual a ellos/as, pero lo que en un principio fue una etiqueta negativa, hoy se ha convertido en una estrategia de identidad para la aceptación de un grupo y una forma de ideología mediante la cual una minoría de jóvenes rechaza las ataduras de formas sociales que perciben como opresivas en su cotidiano. En oposición a la homogeneidad *fresa*, los *nacos* tie-

⁴ Zona comercial al sur poniente de la ciudad de México con grandes áreas residenciales para la clase media alta y sectores altos.

⁵ Mal vestido o no combinado según los estereotipos de vestir del clasemediero; también bien vestido desde la percepción urbano popular.

nen una gran variedad de estéticas en su interior (nacos rudos, hippies, raztas, deportivos, etc.), forman sus grupos con base “a compartir características semejantes” como el no vestirse “bien para los estándares de la moda fresca” o una estética que valoriza “la singularidad del estilo de cada quien”. Escuchan una variedad de música que *no está de moda*, a la que valorizan por las letras y porque no “van con lo normal (lo fresco), con lo de siempre (lo comercial) y no son monótonas”. Se caracterizan por sus modos conductuales relajados en el movimiento de sus cuerpos (el juego del *haki*, tablear, cantar y bailar) dentro de áreas del *campus* y en sus modos de hablar (uso de la jerga popular y apodos). Fuera del *campus* los nacos circulan por Coyoacán, El Chopo, Pericoapa, la Condesa, el Centro Histórico, zonas *out* para los frescos, levantando circuitos de diversión y consumo “auténticos y diferentes” donde comparten su gusto por el arte, cine, la lectura y músicas, aunque incorporan algunos lugares de la ruta *fresa* por su *respeto a la diversidad*, principio de los *nacos* que espejea la intolerancia de los frescos. *Frescos* y *nacos* se construyen teatralizando permanentemente su oposición, pero ambas identidades toman sentido sobreviviendo la presión de la cultura institucional del TEC, al fungir de *argamasa afectiva*, cuidar a sus miembros y sentar las bases de los futuros grupos adultos en las clases medias altas y altas.

A pesar de haberse socializado desde pequeños en profusa interacción con flujos culturales *de localizados*, los *frescos* del TEC optan por vivir su identidad y la ciudad como *locales* en *circuitos* y *lugares acotados* por las ofertas del mercado para la *gente bonita* y zonas *VIP* de la ciudad, parapetándose en lugares exclusivos que eviten las posibles contaminaciones con unos otros que se perciben inferiores o *faltos de clase*. Mientras, los *nacos* con *apariencia local* viven y practican una ciudad cosmopolita yendo al encuentro de unos otros percibidos como iguales.

FORMAS JUVENILES CONTEMPORÁNEAS DE HABITAR LA METRÓPOLI Y ESTILOS DE VIDA: DIFERENCIA Y DESIGUALDAD

¿Cómo y desde qué espacios (sociales, culturales, físicos) los jóvenes participan en la reconfiguración del espacio urbano contemporáneo y más específicamente de la ciudad contemporánea o mundializada? ¿Qué es lo que los modos de vida juveniles urbanos contemporáneos, con sus prácticas de distinción e integración en el espacio urbano, nos están diciendo sobre las asimetrías y desigualdades sociales actuales en este tipo de ciudad? Discutiré algunas respuestas a estas preguntas desde algunos planteamientos de Ulf Hannerz sobre las grandes ciudades y sobre lo que las distingue como *mundiales*.

La vitalidad cultural de estas últimas es resultado de una combinación particular de algunos de sus rasgos: concentración de la población, apertura al exterior e interior, efervescencia cultural y sociabilidad. La sociabilidad y sus espacios específicos juegan un importante papel en la intensificación del tráfico de significados entre diversos estratos de personas y esferas de pensamiento que se influyen mutuamente (Hannerz, 1998), dando lugar a una *cultura mundial* que “organiza la diversidad” en el sentido de interconectar las diversas culturas locales con las que “no están en un territorio concreto”. Las personas se relacionan de maneras diferentes con ella, aunque dos tipos posibles pueden servir como polos de análisis: las personas *cosmopolitas* y las personas *locales*. La complejidad y efervescencia cultural actuales alcanzan su momento culminante en estas ciudades porque contienen los nodos de control de la economía mundial y porque confluyen cuatro categorías sociales de personas —*ejecutivos y directivos de las empresas transnacionales, inmigrantes, élites del mundo de la cultura y turistas*—, quienes comparten una característica común, “ser, de una manera u otra, transnacionales” (*ibid.*:208), desempeñando un papel clave en la creación y difusión de nueva cultura y en la distinción de las ciudades mundiales.

Presento tres formas juveniles de habitar la Ciudad de México en la actualidad —la de indígenas migrantes, la de los *trendsetters* y la de los *jóvenes barrio*— que ilustran cómo el accionar de los jóvenes no sólo expresa las transformaciones en la macroestructura, sino su activa participación en la reconfiguración territorial, cultural y social de la Ciudad de México.

De jóvenes indígenas en la ciudad

Ubico la presencia de los jóvenes indígenas en la ciudad dentro de los flujos migratorios que hoy caracterizan a las ciudades mundiales (Hannerz, 1998; Appadurai, 2001). Sin embargo, esta premisa debe enmarcarse en un contexto urbano mexicano que históricamente ha excluido la presencia indígena de la membresía urbana bajo la “falsa idea de que los indígenas pertenecen al medio rural y campesino, mientras que las ciudades son el espacio de lo cosmopolita, que asimila y elimina las diferencias culturales” (Escalante, s/f). Bajo un doble marco discriminatorio, como indígenas y migrantes, los jóvenes indios estudiados pertenecen a las *etnias del desplazamiento*, fenómeno que Mora *et al.* (2004) definen “como el *desplazamiento territorial*, orientado al cambio residencial de los grupos sociales con el fin de mejorar su calidad de vida”. La etiqueta *jóvenes indígenas* esconde diferencias de todo tipo: de clase, edad, origen étnico, educación, ocupación, profesión, expectativas, estilos de vida y otras. Observé con mayor profundidad a jóvenes

indígenas de reciente migración a la Ciudad de México,⁶ quienes ocupan los últimos escalones laborales y sociales en la ciudad, con escasa remuneración y baja calificación: albañiles, mecánicos, mozos, soldados, ellos; empleadas domésticas, ellas. Los jóvenes varones recién llegados viven en la periferia de la ciudad o en los predios indígenas de la zona céntrica de la ciudad, rentando una habitación o están alojados con familiares pertenecientes a generaciones migrantes anteriores. Estos últimos, construyeron redes familiares y comunitarias étnicas de apoyo para insertarse laboral y culturalmente en la ciudad, que funcionan tanto para las mujeres como para los varones. Éstas les ayudan a encontrar trabajos temporales como albañiles u otros empleos para empresas de la construcción y servicios. Ellos se desplazan largas distancias en la ciudad y su zona conurbada para ir a trabajar o encontrar trabajo. Las jóvenes llegan a trabajar de tiempo completo en el servicio doméstico y viven en las zonas residenciales donde prestan sus servicios. Los recién llegados están muy vinculados a sus familias y pueblos de origen, a las que envían dinero y con los que se encuentran en contacto constante. El ser *recién llegado* condiciona fuertemente su percepción de la ciudad como puente para la consecución de sus metas inmediatas: ganar algo de dinero, enviarlo a sus familiares, volver con sus amigos de la infancia y su entorno afectivo familiar. Sin embargo, la experiencia cotidiana, un acceso rápido a empleos, el tiempo libre del que se disfruta a pesar de lo pesado y extenso de las jornadas laborales, los nuevos conocidos en su mayoría jóvenes, los hacen ir postergando su retorno al pueblo, ir cambiando su percepción sobre la ciudad y experimentar su juventud de una manera más prolongada y menos acotada a la costumbre. En la actualidad también presionan sobre estas decisiones, las actuales formas de ser joven rural, una de cuyas particularidades es “asumir la aventura de la migración” a fin de concretizar la “percepción subjetiva de éxito” (Pacheco, 2003).

Sus tiempos y espacios de ocio están acotados por los días libres, sábado por la tarde o domingo. El espacio urbano se presta para el anonimato y la creación de estilos de vida diferentes, situación que tensiona poco a poco la vida de los jóvenes migrantes en tanto se opone a las formas conductuales colectivas tradicionales de sus culturas de origen. Detecté algunos *espacios públicos de socialidad juvenil migrante indígena*: la Alameda, el Bosque de Chapultepec, la Villa, Xochimilco, Parque de los Venados, Deportivo Venustiano Carranza, entre otros. La selección de sus lugares de encuentro en la ciudad expresa un fuerte arraigo en sus culturas de origen: parques, plazas,

⁶ Entre 1997 y 1998 realicé un estudio exploratorio sobre los usos y apropiaciones juveniles de la Alameda Central, volví en 2004 para levantar un diagnóstico situacional de esta población en el área metropolitana.

deportivos y otros espacios con mucho *verde*, que de alguna manera les recrean las maneras conocidas de “estar juntos”, y que a la vez les posibilitan conocer a otros jóvenes. Empero, a diferencia de los pueblos, lo que estos jóvenes buscan en estos espacios son espectáculos culturales, musicales, cinematográficos, teatrales, así como lugares para bailar, comer y estar entre amigos o con la pareja y poder ser jóvenes, prácticas consideradas urbanas. La interculturalidad básicamente se experimenta con otros pertenecientes a grupos étnicos, pero casi nunca con los chavos mestizos de la ciudad. Sus lugares recreativos son espacios de “lo negado”: ir a la Alameda es ir a *gatear*, ir con los *nopalitos*. Sin embargo, la persistente y constante concurrencia de los migrantes indios a la Alameda ha demandado servicios y lugares privados de ocio cada vez más equipados y seguros para ellos/as.

Una reciente investigación sobre los jóvenes que migran a la Ciudad de México para trabajar en las obras de construcción, observa que eligen la capital por motivos económicos y *socioculturales* (Sánchez Chávez, 2009). *Mazahuacholoskatopunks* es el término con el que Gama (2009) denomina a jóvenes indios que en su atuendo representan estilos de vida pertenecientes a subculturas juveniles urbanas constituidas, de las que retoman códigos y símbolos para integrar grupos heterogéneos y habitar la ciudad.

De trendys en la Ciudad de México

Otro es el caso de los jóvenes *trendsetters*⁷ en la Ciudad de México. *Trendsetter* es un categoría del *marketing* que significa “posicionados en la tendencia” (de estilos de vida por venir), si bien sólo recientemente he encontrado un mejor término, el de *emprendedores culturales*, aquí lo uso para referirme a aquellos jóvenes integrantes de la categoría de personas que Hannerz (1998) denomina “especialistas de la expresión” o “personas que se ocupan de la cultura” que viven en las ciudades mundializadas. Los trends son jóvenes nacidos en la ciudad y tienen entre 21 y 32 años de edad; solteros y sin hijos, viven con su familia de origen o comparten departamento con algún familiar y/o amigo(a).

Los jóvenes estudiados (Urteaga, 2011) se especializan en algunas actividades de tipo expresivo con un marcado sello generacional que trasciende sus orígenes de clase (el límite inferior es el de clase media baja): se concentran en carreras creativas como diseño (gráfico, textil, industrial, arquitectónico, de moda, joyería, mobiliario), publicidad, arquitectura, comunicación, artes plásticas, cine, video e incursionan en otras especializaciones que

⁷ Realicé estudios a este segmento de jóvenes en 2004 y entre 2010 y 2011.

fomenten su creatividad y complementen su formación como actuación, locución, promotoría y difusión cultural, fotografía, serigrafía, arte visual y sonoro, etc. Sus productos culturales son artístico funcionales a la vida moderna en la ciudad y su trabajo creativo es para cierto segmento del mercado. Consideran posible crear en lo comercial y vivir de su trabajo creativo. Desde el marco organizacional del “mercado”, son instauradores de ciertos productos culturales novedosos, más precisamente, son generadores de nuevas demandas entre clientes que están a la caza de bienes, servicios e ideas nuevas para luego comercializarlas en gran escala a través del mercado. Desde el marco “forma de vida”, los trends se ubican de una manera particular entre los generadores y difusores de novedosos estilos de vida y de trabajo. Si bien comparten con las vanguardias ciertas concepciones sobre el trabajo —como fuente de placer, satisfacción estética e innovación—, lo que los identifica es su “pasión emprendedora”, esto es, su capacidad de tomar el riesgo de emprender nuevas ideas y difundirlas entre públicos y mercados a partir de asociarse con otros creativos. Trabajan en varios proyectos creativos a la vez, no son grupos compactos, forman redes de colaboración y extienden sus vínculos entre artistas, técnicos, artesanos, empresarios jóvenes, cineastas, personajes subculturales, profesionales en las carreras creativas, en comunicación y otras a los que conocen durante los momentos de ocio creativo y su *rolar* la ciudad.

Estos jóvenes se caracterizan por su profusa interacción social con diferentes grupos y *redes sociales* (cara a cara y virtuales) y valoran con intensidad las experiencias que cada red aporta a su sensibilidad creadora. Las actividades en las que se participe y los lugares públicos y privados a los que se asista, posibilitan a los trendsetters entrar en contacto con una diversidad de personas involucradas en la esfera cultural o subcultura juvenil y otro tipo de gente con los que podrán ir configurando un capital social. Trabajar y “reventarse” son parte de una misma realidad, y las fronteras entre el ocio y el trabajo son muy borrosas.

La mega Ciudad de México les ofrece, con todas sus contradicciones sociales y desigualdades, una diversidad de formas de vida que alimentan su creatividad. Los *trends* viven la ciudad como fuente de inspiración, diversión y trabajo. Delimitan sus circuitos de diversión en la zona históricamente urbanizada de la Ciudad de México —Centro Histórico, Polanco, Condesa y Roma, San Rafael, Escandón, Santa María la Ribera y colonias aledañas—, instaurando una tendencia metropolitana en los usos y apropiaciones del espacio urbano: rutas de ocio con lugares urbanos tradicionales (cantinas, pulquerías, salones de baile, circos, plazas, heladerías, taquerías, tianguis), abandonados (casas, edificios, teatros, vecindades, hoteles), *underground* (bares, antros, terrenos baldíos en donde se instalaban los ambulantes).

tes), centros culturales (museos, casas de cultura, cine clubs, galerías, salas de exposición), más comerciales (plazas, boutiques, cines, restaurantes, cafeterías, discotecas) y tianguis (el Chopo, Plaza Peyote, la Raza, la Lagunilla, Santa Martha Acatitla). En ellos se espera interactuar con un *otro* distinto a sí mismos.

Sus *intervenciones* han impulsado⁸ la revaloración urbana del centro histórico y de la zona de la ciudad que los mercadólogos denominan *hipster* (corredor cultural Roma Condesa), dotándola de capital simbólico, aumentando el valor de la plusvalía y la codicia del mercado inmobiliario.

“Ser barrio”

En las ciudades mundiales también existen otro tipo de habitantes que no interactúan con la cultura globalizada de esas maneras. En un artículo en el que reflexiona la quema de coches en los suburbios franceses de finales del 2005 por manos de los jóvenes que los medios de comunicación denominaron “inmigrantes”, Ulrich Beck indaga lo “que ocurre con los que quedan excluidos del maravilloso nuevo mundo de la globalización”. Propone entenderlos enraizados en la globalización económica que ha dividido al planeta en centros muy industrializados de crecimiento acelerado y desiertos improductivos, cuyas poblaciones habitan las ciudades mundiales. Desde el nuevo entorno económico son considerados *superfluos*, pues no se les necesita para generar riqueza. ¿Quiénes son estos jóvenes incendiarios? Son jóvenes *superfluos*, ciudadanos sobre el papel —escudriña Beck—, son *jóvenes franceses hijos de inmigrantes* africanos y árabes que soportan, además de la pobreza y desempleo, una vida sin horizontes en los suburbios de la gran metrópoli, donde la sociedad los margina en auténticos *güetos superfluos*.

Hago uso de la propuesta interpretativa de Beck para abordar las maneras de habitar y ocupar el espacio urbano por los jóvenes de la marginalidad citadina mexicana. Actualmente, las *bandas* y *pandillas juveniles* de las periferias urbanas habitan y ocupan el *espacio público local*: el barrio. Valenzuela (1997) señala la importancia del *barrio* en las prácticas culturales de los jóvenes de los sectores populares. Es espacio socializador y primer recurso de libertad y poder desde el cual tienen control sobre el cuerpo, el lenguaje y otros símbolos con los que crean sus propias relaciones de *status* y poder.

⁸ Entre las estrategias mixtas se ofrecieron rentas accesibles en antiguos edificios remodelados a artistas e intelectuales; se edificaron espacios orientados a la promoción de la cultura y las artes a nivel vecinal; se transformaron calles específicas en corredores peatonales; se entregaron en concesión temporal viejas casas de la zona a jóvenes artistas para que realizaran eventos culturales.

El *barrio* permite a los *jóvenes banda* hacer frente a la inseguridad que provoca el cambio hacia la vida adulta en contextos de incertidumbre laboral, en tanto es accesible, controlable y presentista. Empero, desde los años noventa, se observan cambios en el tiempo que ocupan *las bandas* en la vida de sus miembros y en el nivel de violencia con que articulan sus diferencias con otros jóvenes del barrio. Esto coincide con una más ubicua incursión de ciertas ramas del crimen organizado y el narcotráfico en barrios en los que no había estado antes presente. En un estudio sobre jóvenes, crimen y estigma, Carlos Perea (2004) desmonta el equívoco “que le imputa al joven el papel estelar de la criminalidad”, demostrando que los adultos son los más destacados protagonistas de la criminalidad. Observa que el lugar del crimen en la actualidad no proviene de su crecimiento ilimitado y sin cauce, sino de su *estratégico papel en mediaciones esenciales de la reproducción social*: penetra procesos económicos y políticos, como también la esfera cultural, en la que *las bandas* juegan un papel destacado.

Distingue entre pandillas con nexos con el crimen y aquellas que no los tienen.⁹ Los miembros de las primeras viven sumergidos en un *tiempo paralelo*, “sus ciclos de actividad marchan por fuera de los horarios socialmente establecidos: desisten de las aulas escolares, desprecian el oficio estable y suelen quebrar los modos de relación con la familia”; mientras los segundos “permanecen ligados, así sea con conflictos, a las rutinas de la familia, la escuela o el trabajo”. Los primeros asumen como hábito permanente de vida el consumo, el robo y la violencia; mientras los segundos pueden asumir uno u otro. Para ambos su centro de referencia es el barrio, el espacio local donde ejercen su poder, y en los primeros éste es pleno. En estas circunstancias, la banda y la pandilla lanzan un desafío al proyecto cultural de la ciudad. Parados frente a un tejido urbano que ofrece exclusión, multitud de jóvenes de las zonas populares hacen de *la marginación un estilo de vida* que es fractura ciega con la vida corriente y sus usos, con la ley y la norma instituida (*ibid.*:164).

En la actualidad las periferias citadinas son ocupadas por una gran parte de las clases medias bajas. Teresa Lazcano (2005) brinda una imagen reciente de jóvenes de colonias populares de bajos recursos y viviendas de interés social del norte de la Ciudad de México. Éstos se valen de su estrecha vinculación con su comunidad a través de convivir, compartir el espacio y las costumbres para construir su identidad como *jóvenes barrio*. Comparten una cultura urbano popular local condicionado fuertemente por un entor-

⁹ Disiento de la nominación genérica que realiza Perea de esta forma agregativa. Si ambas formas y chavos tienen características distintivas, habría que denominarlos de manera diferente, pandillas a las primeras, bandas a las segundas, como lo ha hecho la tradición académica mexicana.

no de contradicciones económicas y sociales que imponen a los individuos necesidades, estilos de vida y de consumo inaccesibles, creando en ellos la imagen y vivencia de una segregación económica y social. Ante estas frustraciones, el barrio, y particularmente los jóvenes, construyen sus propias estrategias —*actividades informales e ilegales*— como recurso para la sobrevivencia y muros imaginables y espaciales, reforzando su segregación social y la fragmentación espacial de la ciudad. *Ser del barrio* se convierte en un elemento de pertenencia, de resguardo y seguridad, y en un estandarte de su condición social y económica. Sometidos a una economía que no les permite el acceso a otro tipo de lugares y eventos recreativos, sus actividades se restringen al barrio, se arraigan en él a través de compartir fiestas, noches, fútbol, defensa de sus miembros, alianzas vía matrimonios, lazos y redes para buscar empleo u obtener dinero.

Bandas, pandillas y jóvenes barrio son jóvenes a los que el nuevo orden ha segregado en auténticos *güetos superfluos* en la periferia de la gran ciudad y sus prácticas espaciales y las salidas que se están dando, *informalidad sino ilegalidad cotidianas*, expresan que, tomando sus riesgos y vías propias, se posicionan en la ciudad contemporánea.

ACECHO Y CERCO DEL ESPACIO PÚBLICO Y DE LOS JÓVENES

Desde 2006 varias situaciones atraviesan la sociedad y las ciudades mexicanas acechando al espacio público y sobre todo la presencia de los jóvenes en él. Por un lado, la guerra contra las drogas y el narcotráfico impulsada desde el gobierno de Felipe Calderón con la implantación de militares y marinos en las acciones de seguridad pública en las ciudades y en casi todo el territorio patrio, las que de manera contraproducente han incrementado el nivel de violencia, el número de homicidios y la desaparición forzada de personas, sobre todo jóvenes y mujeres en el espacio público. Dos términos se han acuñado para definir estas situaciones: feminicidio y juvenicidio (Urteaga y Moreno, 2015). La guerra incrementa la sensación de abandono de importantes sectores sociales por parte del Estado neoliberal —quien ha dejado en manos del mercado (legal e ilegal) sus responsabilidades sociales y de seguridad—, así como el empobrecimiento, la precarización de la vida y el empleo, la corrupción e impunidad creciente de la clase política, las elites empresariales y los cárteles de droga coludidos con los gobiernos locales. Las voces públicas en contra se ven amedrentadas con los asesinatos a periodistas independientes, cuerpos arrojados en fosas clandestinas y los crímenes de las fuerzas militares y delincuenciales que por igual no se investigan. Los espacios de paralegalidad han aumentado en nú-

mero y dominio territorial y su macabra representación se observa en los cuerpos colgados, desmembrados y empaquetados que aparecen en calles, puentes, centros comerciales y todo el espacio público. El terror de andar en el lugar equivocado y a la hora equivocada afecta mucho más a las generaciones jóvenes que ven cercenado su derecho al disfrute de la ciudad. La amplificación de la sensación de inseguridad que vivimos en el espacio público, habla de un uso biopolítico de la delincuencia, cuyo colofón entre la “opinión pública” (léase: medios de comunicación cooptados) es una demanda por más cuerpos policiacos para “brindar seguridad a los ciudadanos”. Más policías, en esta coyuntura, significan más y mejores relaciones con los delincuentes. La relación de los gobiernos con grupos delincuenciales, organizados o no, es constitutiva de los aparatos de control, no se oponen, al contrario, son un continuum biopolítico que Foucault identifica como *gubernamentalidad*, esto es, control social, político, simbólico y económico de un Estado (Foucault, 2001, 2012). El cerco al *espacio público* y a lo *político* en forma de criminalización de la protesta social y la desaparición/muerte del “enemigo interno”, forma parte de los procesos de descuidadización, de cancelación de nuestros derechos políticos, que la Ley de Seguridad Interior —aprobada por el Congreso en diciembre 2017— desea legitimar para dar marco al fraude electoral que nuevamente se espera en 2018. La protesta callejera y legal no se ha hecho esperar.

19s: #FUERZAMÉXICO: ROMPIENDO EL CERCO,
RECUPERANDO CIUDADANÍA

Después de 32 años del 19 de septiembre de 1985, volvió a temblar en la Ciudad de México cual fecha cabalística de desastre, dolor, fuerza y solidaridad. Nadie como Juan Villoro (2017) para representar poéticamente los momentos, horas, días y semanas que vivió la población chilanga y sobre todo sus juventudes, las que sin importar clase, etnia ni género, se volcaron —a menos de una hora del sismo— masivamente hacia las zonas de desastre, al rescate de las víctimas de los escombros de muchos edificios que se vinieron abajo. Los jóvenes de la Ciudad de México parecen haber reactualizado en instantes aquello que Villoro denomina “la piel de la memoria”, de aquella generación joven que se juntó en los años ochenta para afrontar con sus cuerpos y manos las consecuencias de la apertura de la tierra. La actual capacidad de los jóvenes de fluir con las tecnologías de la comunicación, aunado a la mayor iniciativa para organizar sus vidas de manera independiente y a veces a contracorriente de los poderes, rasgo que los caracteriza como generación, les permitió organizar, primero, a través de las redes so-

ciales —FB, WhatsApp, Twitter— el rescate y ayuda a las víctimas de manera colectiva y directa, sin esperar las órdenes de alguno de los gobiernos que se quedaron pasmados. La mayoría de jóvenes llegaron a las zonas de desastre con palas, zapapicos, cubetas, carritos de súper, cascos, para sacar escombros y salvar vidas. En las horas y días siguientes, su generosa solidaridad era emulada por centenares de miles de personas adultas que hacían lo que podían para apoyar sus esfuerzos. En pocas horas, jóvenes de otras ciudades, como Monterrey y Guadalajara, pasaron a crear cuentas y plataformas digitales independientes con información que era alimentada por los jóvenes de la Ciudad de México que, con motos y bicicletas sorteaban los atascamientos de tráfico, reportaban las zonas de desastre y las necesidades que requerían las labores de salvamento, atención médica, centros de acopio, albergues en la zona. Plataformas independientes como <www.verificado19s.org> o <#verificado19s>, en las semanas siguientes al sismo se volvieron cruciales para distribuir y canalizar esta energía que devolvía a la ciudadanía su poder de hacer algo por el otro en desgracia y darle vuelta a las intenciones del gobierno federal por controlar a través de sus brazos militares “la situación”. Estas plataformas también hicieron posible canalizar y posibilitar la generosa solidaridad del pueblo mexicano hacia otras zonas afectadas como Morelos, Oaxaca, Puebla. Los *influencers*, jóvenes con gran presencia y legitimidad dentro de las redes sociales y la sociedad, organizaron y llevaron hasta esos lugares de manera directa la ayuda y las brigadas, dado el descrédito de un Estado corrupto e ineficaz para atender las necesidades y el dolor de la población afectada, y la sospecha del uso político que podía realizar de los recursos donados por la población y sólo por aquella necesidad de hacer algo por el otro en desgracia, ya demostrada en las grandes movilizaciones por los 43 jóvenes desaparecidos y los muertos de Ayotzinapa: *Somos ciudadanos*, decían los jóvenes. Maravillado exclamó E. Krauze, quien meses antes acusaba a los jóvenes por su desidia ante la vida pública, al descubrir la organización, pragmatismo y autonomía con que se desenvolvían: “absolutamente todos los partidos son indignos de esta nueva generación de héroes anónimos que han tenido su bautizo existencial y social en este terremoto” (Krauze, 2017).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, Miguel A., César Cisneros y Maritza Urteaga (1998), “Espacio, socialidad y vida cotidiana en los conjuntos habitacionales”, en M. Schteingart y B. Graizbord (coords.), *Vivienda y vida urbana en la ciudad de México. La acción del INFONAVIT*, México, COLMEX, pp. 341-99.

- Appadurai, Arjun (2001), *La modernidad desbordada, Dimensiones culturales de la globalización*, Buenos Aires, Trilce-FCE.
- Arendt, Hannah (1998), *La condición humana*, Barcelona, Paidós.
- Beck, Ulrich (2005), “La revuelta de los superfluos”, en *El País*, 27 de noviembre, pp. 13 y 15.
- Cano, Jorge (2015), “Política y generaciones, ¿dónde están los jóvenes?”, en *horizontal.mx*, 18 de noviembre, disponible en <<http://horizontal.mx/politica-y-generaciones-donde-estan-los-jovenes>>.
- Cruz Salazar, Tania (2003), “Voces de colores, Graffers, crews y writers, identidades juveniles en el defeano metropolitano”, tesis de maestría en Antropología Social, CIESAS Centro.
- Delgado, Manuel (1999), *El animal público*, Barcelona, Anagrama.
- Escalante, Yuri (s/f), “La exclusión indígena de la membresía urbana”, proyecto de investigación, disponible en <<http://www.indigenasdf.org.mx/convivencia.php>>, consultado el 12 de noviembre de 2004.
- Foucault, Michel (2001), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2012), *El poder una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Gama, Federico (2009), *Mazahuacholokatopunk*, México, IMJ.
- García Canclini, Néstor (2004), *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*, México, Gedisa.
- Grimson, Alejandro (2003), “La antropología y los estudios de comunicación”, en *Tram(p)as de la comunicación y la cultura*, Buenos Aires, Universidad de La Plata.
- Hannerz, Ulf (1998), *Conexiones transnacionales, cultura, gente, lugares*, Madrid, Cátedra/Universidad de Valencia.
- Krauze, Enrique (2017), “Acá estamos”, en *Reforma*, 24 de septiembre, disponible en <<http://www.reforma.com/aplicaciones/editoriales/editorial.aspx?id=120626>>.
- Lazcano, Teresa (2005), “El ser barrio como constructor de identidad en los jóvenes de la urbe”, en *Sensacional de Antropología, Revista Estudiantil de Antropología Social de la ENAH*, núm. 5, pp. 63-66.
- Lindón, Alicia (coord.) (2000), *La vida cotidiana y su espacio temporalidad*, Barcelona, El Colegio Mexiquense/CRIM/UNAM/Anthropos.
- Lindón, Alicia, Daniel Hiernaux y Miguel Ángel Aguilar (2006), “De la espacialidad, el lugar y los imaginarios urbanos: a modo de introducción”, en A. Lindón, M.A. Aguilar y D. Hiernaux (coords.), *Lugares e imaginarios en la metrópolis*, México, Anthropos, UAM-I, pp. 9-25.
- Marcial, Rogelio (2001), *Jóvenes y presencia colectiva. Introducción al estudio de las culturas juveniles del siglo XX*, México, El Colegio de Jalisco.

- Mora, Teresa *et al.* (2004), “La etnografía de los grupos originarios y los inmigrantes indígenas de la ciudad de México”, en P. Yañez, V. Molina y O. González (coords.), Seminario Permanente *Ciudad, pueblos indígenas y etnicidad*, México, UACM/SEDS, pp. 225-247.
- Pacheco, Lourdes (2003), “El sur juvenil”, en J.A. Pérez Islas *et al.*, *México-Quebec, Nuevas Miradas sobre los jóvenes*, México, IMJ/SEP/Office Québec/Ameriques pour la Jeunesse, Observatoire, pp. 198-209.
- Perea, Carlos M. (2004), “Joven, crimen y estigma”, en *Jóvenes, Revista de Estudios sobre Juventud*, año 8, núm. 20, pp. 140-168.
- Reguillo, Rossana (1991), *En la calle otra vez. Las bandas, identidad urbana y usos de la comunicación*, México, ITESO.
- Rosaldo, Renato (1991), *Cultura y verdad. Una propuesta de análisis social*, México, CNCA/Grijalbo.
- Sánchez Chávez, José Ángel (2009), “Jóvenes, identidades migrantes, subcultura y performance”, tesis de licenciatura en Ingeniería Agrícola-Especialización en Sociología Rural, Universidad Autónoma de Chapingo.
- Scott, James C. (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, México, Era.
- Trejo, José Antonio (2009), “Subalternos y neotribales, tres historias de la contracultura juvenil en el valle de Toluca”, en Colectivo H, *Memorias del Seminario sobre Estudios de Juventud en México*, Toluca, UAEM, pp. 76-90.
- Urteaga, Maritza (1996), “Chavas activas punks. La virginidad sacudida”, en *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, núm. 40, pp. 97-118.
- Urteaga, Maritza (2000), “Formas de agregación juvenil”, en J.A. Pérez Islas (coord.), *Jóvenes, una evaluación del conocimiento, La investigación sobre juventud en México 1986-1999*, México, IMJ/SEP, vol. II, pp. 405-516.
- Urteaga, Maritza (2002), “Concierto e identidades rockeras mexicanas en los noventa”, en Alfredo Nateras (coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*, México, Porrúa/UAM-I, pp. 135-153.
- Urteaga, Maritza (2011), *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*, México, Juan Pablos/UAM.
- Urteaga, Maritza e Inés Cornejo (2001), “Los espacios comerciales, ámbitos para el contacto juvenil urbano”, en M.A. Aguilar, A. Sevilla y A. Vergara (coords.), *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una metrópoli*, México, Porrúa/UAM/CNCA, pp. 271-295.
- Urteaga, Maritza y Enedina Ortega, (2004), “Identidades en disputa, fresas, wannabes, pandros, alternos y nacos”, en Rossana Reguillo *et al.* *Tiempo de híbridos. Entresiglos, Jóvenes México Cataluña*, México, SEP/IMJ/Secretaría General de Joventut/CIIMU, pp. 114-132.

- Urteaga, Maritza y Hugo Moreno (2015), “Corrupción e impunidad versus justicia y derecho en México”, en J.M. Valenzuela (coord.) *Juvenicidio, Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*, México, NED/COLEF/ITESO, pp. 79-97.
- Valentin, Gill, Skelton, Tracey y Deborah Chambers (1998), “Cool Places. An Introduction to Youth and Youth Cultures”, en Skelton, Tracey y Gill Valentine (eds.), *Cool Places, Geographies of Youth Cultures*, Nueva York, Routledge, pp. 1-32.
- Valenzuela, José Manuel (1997), *¡A la brava ese!*, México, COLEF.
- Valle P. Imuris (2004), “Graffiti, símbolos clandestinos en las paredes. Un abordamiento etnológico sobre la cultura del graffiti hip hop en la sobremodernidad”, tesis de licenciatura en Etnología, ENAH.
- Vergara, Abilio (2005), “Desde la posciudad, repensando lo urbano y la antropología. Antropología urbana como producción simbólica”, en *Antropologías y estudios de la ciudad*, vol. I, núm. 1, pp. 187-227.
- Villoro, Juan (2017), “El puño en alto”, en *Reforma*, 22 de septiembre, disponible en <<http://www.reforma.com/aplicaciones/editoriales/editorial.aspx?id=120530>>.